



TEMAS DE EQUIPO

Congregaciones Marianas de la Asunción

CREO EN LA IGLESIA. “Y SOBRE ESTA ROCA EDIFICARÉ MI IGLESIA” (Mt. 16¹⁸)

Junio 2017

TEMA 9: ACTITUD ADECUADA DEL HOMBRE ANTE LA IGLESIA

“...Que sepas cómo hay que portarse en la casa de Dios, que es la iglesia de Dios vivo” (1 Tim. 3¹⁵)

Debe quedar claro del o estudiado hasta ahora cuáles deben ser las actitudes del hombre ante la Iglesia y en la Iglesia; peor será conveniente que al final, como resumen, insistamos en algunos puntos.

1. ¿ES LIBRE LA PERTENENCIA A LA IGLESIA?

a). Es libre. No existe ninguna coacción física que pueda obligar. Ni Dios mismo coacciona físicamente; mucho menos potestad alguna humana. La pertenencia a la Iglesia es respuesta de amor (y por lo tanto libre) a una interpelación amorosa de Jesucristo.

Jesús envía a sus discípulos por todo el mundo para que anuncien la Buena Nueva de que estamos salvados por su muerte y resurrección que continúa realizándose en su Iglesia. Les manda proclamar, no discutir ni menos coaccionar. Después de escuchar el Mensaje, somos libres de aceptar o rechazarlo, y nadie puede violentar el reducto íntimo de la conciencia. De hecho Jesucristo predice que habrá quienes le rechacen.

b). Es obligatoria con coacción moral: la coacción moral es la que ejerce en el hombre una ley o norma que él puede quebrantar, pero que su transgresión lleva inherente una pena.

Dios afirma la obligación de pertenecer a la Iglesia con la suprema coacción moral. Una vez conocida la Iglesia debidamente surge la obligación moral de aceptarla. La Iglesia es el supremo esfuerzo salvador de Dios, continuadora de la presencia, la obra y la misión de Cristo, quien determina que no existe otro medio de salvación. Es, por tanto, un desprecio a Dios, y al asunto supremo de la propia salvación, el rechazar el camino que por Cristo, muerto y resucitado, se nos ofrece, y la Misericordia divina que nos lo brinda.

A este respecto las palabras del Señor son fulminantes. Sólo dos ejemplos:

- Mt. 10¹⁵: Sobre la ciudad que no reciba el Mensaje apostólico: “Yo os aseguro: el día del Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma y Gomorra que para la ciudad aquella”.
- Mc. 16¹⁶: Antes de la Ascensión: “El que crea y se bautice se salvará; el que no crea se condenará”.

Se desprende de aquí la irresponsabilidad de quienes, sabiendo la conminación de Cristo, no ponen empeño en conocer a la Iglesia y las razones de pertenecer a ella; peor aún los bautizados que la abandonan o se declaran “cristianos no practicantes” por motivos fútiles que muestran ignorancia culpable, y desidia en el problema más importante. A los hombres este asunto puede importarles poco, a Dios ciertamente no.

2. “FUERA DE LA IGLESIA NO HAY SALVACIÓN”

Esta afirmación aparece ya en la primitiva iglesia, y hoy conserva toda su vigencia. Los documentos a este respecto se multiplican. La declaración *Dominus Iesus*, considerada en el tema de Mayo, ya sería suficiente. Por limitarnos exclusivamente a los concilios ecuménicos citemos el Lateranense IV, Florentino y Trento. Es afirmación conflictiva que requiere explicación.

La tesis se desprende del concepto cristiano de salvación: sólo Cristo salva, y con Él todos los insertos en Cristo como los sarmientos en la vid. Las buenas obras son necesarias, pero no como causa, sino como condición. La Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, es el conjunto de todos los identificados con el Señor por los que “circula” la vida de la gracia como la sangre por los miembros. Quienes no están vinculados con Cristo, no pertenecen a su Cuerpo místico, no pertenecen a la Iglesia y no pueden ser salvados.

Pero siempre se ha aclarado: “In re vel in voto” = “de hecho o de deseo”. Esto se interpreta: por el bautismo sacramental o por “el bautismo de deseo”. Quienes no han conocido a la Iglesia o no la han conocido adecuadamente sin culpa, y procuran vivir según su conciencia rectamente, se entiende que si la conocieran como fundada por Cristo, la abrazarían. Dos textos esclarecedores:

- *“Es propio de la divina providencia ayudar al hombre con los auxilios necesarios para la salvación, con tal que no ponga impedimentos. Tal sería el caso del que ha nacido en la selva, (...) siguiera los dictámenes de la razón natural practicando el bien y evitando el mal...”* (Santo Tomás, *De veritate*, q. 14 a II ad I).
- *“...Para obtener la salvación, no siempre se requiere que de hecho se dé la incorporación a la Iglesia como miembro; pero sí es necesaria su adhesión por lo menos ‘en voto’ y en deseo. Sin embargo este voto no siempre se exige que sea explícito, como es el caso de los catecúmenos; sino que cuando el hombre está en situación de ignorancia invencible, Dios acepta el voto implícito, que así se designa, porque ya se contiene en la buena disposición de esa persona que quiere conformar su voluntad con la voluntad divina”* (Concilio de Trento, Sesión VI, Decreto *De iustificatione*).

3. CARACTERÍSTICAS APARENTEMENTE ANTAGÓNICAS DE LA IGLESIA

Es muy necesario tenerlas en cuenta para obtener una idea exacta de sus complejas peculiaridades. Así es como surge la realidad desbordante de la Iglesia, imposible de ser inventada por mente humana, y garantía de su origen

divino, esa familia admirable y santa, y al mismo tiempo débil y pecadora que constituye el Cuerpo de Cristo.

Esta aclaración es fundamental, porque los “aparentes antagonismos” originaron a lo largo de los tiempos múltiples herejías, surgidas casi siempre de afirmar el extremo de una realidad, negando el otro extremo. Constatemos que la mayoría de las verdades de nuestra fe no se encuentran en el punto central y equidistante, sino en la afirmación decidida de los dos extremos a la vez. Y ahí reside el verdadero equilibrio. La mayoría de los errores brotan no de lo que se afirma sino de los que se niega.

Ejemplo: los ebionitas afirmaron que Jesús era hombre, pero no Dios; los docetas que Jesús era Dios, pero no hombre. En épocas de rigorismo (así el jansenismo) se insisten en el Dios de la justicia, olvidando su Misericordia; en tiempos de laxismo aparece un Dios bonachón que elimina su Justicia. Múltiples doctrinas espiritualistas han detestado la materia como perniciosa; otras, por la exaltación de la materia, llegaron a la negación del espíritu.

Analicemos algunos de estos “antagonismos”, y practiquemos esta “gimnasia” de flexibilidad, necesaria para entender a la Iglesia tal como es en su colosal realidad.

a) Sociedad visible e invisible: es visible, porque está constituida por hombres, tiene que ser cognoscible para todos, y nosotros sólo captamos lo que penetra por los sentidos; porque participamos en una liturgia sensible, en oraciones, en sacramentos (signos externos de realidades superiores); porque nuestra fe se expresa por todos los recursos del arte: pintura, escultura, arquitectura, música, hasta teatro; y bendice a Dios y eleva nuestro espíritu el que los grandes genios del arte hayan dedicado a Dios sus mejores obras

Es invisible porque su fin es sobrenatural, su destino no es visible, la fe supera nuestros sentidos, el alma que anima a la Iglesia es el Espíritu Santo, porque nos vincula la gracia, Vida trinitaria que circula invisiblemente por el Cuerpo místico; porque la Cabeza, Cristo, vive invisiblemente en nosotros y entre nosotros.

b) Temporal y escatológica: es temporal porque está inserta en la humanidad, en su tiempo y en su historia para vivificarla, porque sus miembros en este mundo pasan y se suceden. Es escatológica porque en ella se realiza la economía definitiva de salvación, y la Alianza eterna; mira y espera los bienes últimos del cielo y nuestra futura resurrección. (Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 40).

c) Está en el mundo sin ser del mundo. “No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno. Del mundo no son, como yo no soy del mundo” (Jn. 17¹⁵⁻¹⁶). Está en el mundo, porque la Iglesia es para los hombres que viven en el mundo; es ya aquí en la tierra donde se realiza el Reino de Dios, es un enclave de la voluntad salvadora de Dios por la redención operada por Jesucristo, y hace suyos todos los dolores y alegrías, los temores y esperanzas humanos. No es de este mundo, entendiendo “mundo” como la mentalidad opuesta al Evangelio; porque busca los bienes trascendentes, porque quiere vivir la dinámica de las Bienaventuranzas, como contrarias a los afanes del poder, el placer y el

poseer (Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, nn. 1, 2 y 40).

d) Santa y pecadora: Santa por ser iniciativa de Dios; fundada por Cristo, Cabeza de su Cuerpo místico, presente en ella; vivificada por el Espíritu Santo; depositaria de la Revelación y del mensaje divino; por sus mandamientos y preceptos evangélicos; por los medios de santificación, especialmente los sacramentos y la liturgia; porque su fin es la santificación de todos los hombres; por los maravillosos ejemplos de santidad que siempre ha producido en mártires, personas consagradas, misioneros, obras asistenciales, etc. Es pecadora porque la constituyen hombres débiles en los que pervive la inclinación al mal; más aún, la Iglesia convoca a los pecadores para que reciban con el perdón la efusión de la misericordia de Dios.

e) Signo y antisigno: Signo: “*Luzca vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*” (Mt. 5¹⁶). Este es el deseo de Cristo. Así debe ser. Quien mira a la Iglesia sin prejuicios, descubre en su doctrina, en su moral, en sus enseñanzas, en sus normas... signos de la presencia de Dios y de su salvación. Ninguna institución como la Iglesia se ha dado tan de lleno al bien de los hombres; se ha dado, como es lógico, según las circunstancias y la mentalidad de cada época. Los ejemplos de santidad y de entrega sin esperar recompensa en este mundo, llenarían enciclopedias enteras. Por eso es signo de la presencia de Dios y de que mira un más allá que trasciende las realidades mundanas. Antisigno: porque con nuestros múltiples fallos en todos los órdenes (egoísmos, codicia, maledicencia...) los cristianos velamos y no desvelamos el rostro de Dios, y somos ocasión de descrédito de la Iglesia.

f) Pueblo de Dios y sociedad jerárquica: Pueblo de Dios porque la Iglesia es una gran familia de hijos de Dios y hermanos entre sí, abierta a todos sin excepción. No es el pueblo el que sirve a la jerarquía sino la jerarquía la que sirve al pueblo. Sociedad jerárquica por voluntad expresa de Dios. Esta razón por sí sola es ya más que suficiente. Añadamos: porque es una unidad de fe, de moral, de sacramentos, de liturgia, etc., y sin una jerarquía custodio de estos bienes, que interprete, enseñe y legisle, pronto se disolvería en grupos y subgrupos sin unidad. Porque la Iglesia, cuanto más extendida en el tiempo y en el espacio, más necesita un principio de cohesión.

Hoy se presenta como el modelo idóneo la sociedad democrática; pero ésta se basa en la igualdad de los miembros, y es evidente que con Dios no cabe la igualdad. El pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, prencio de la Iglesia, es constituido como sociedad teocrática, en la que Dios toma la iniciativa de fundarla, regirla y guiarla a través de su historia. Esto es mucho más claro en el Nuevo Testamento. El Padre envía al Hijo que obedece, el Hijo con su autoridad suprema elige a los Apóstoles y confiere a Pedro el Primado, los Apóstoles consagran obispos y presbíteros en torno a los cuales se agrupan las comunidades. El libro de los Hechos y las cartas apostólicas lo prueban definitivamente.

g) Doble misión: Dogmática y pastoral:

Dogmática: es eminentemente conservadora, debe “guardar el depósito”, término de la primitiva Iglesia:

- 1 Tim. 6 ²⁰: “*Timoteo, guarda el depósito...*”
- 2 Tim. 1 ¹⁴: “*Conserva el buen depósito mediante el Espíritu Santo que habita en nosotros*”.

Es conservar la fe intacta que nos es dada en la Revelación. Se debe profundizar en su contenido, pero no alterarlo. Así cuando la Iglesia define un dogma no añade nada nuevo; sólo declara que una determinada verdad estaba ya en la Revelación, y ahora se explicita la obligación de aceptarla como tal.

Pastoral: esa fe hay que transmitirla al hombre, siempre arcaico por su momento histórico, sus circunstancias sociales, su mentalidad. Es un hombre en continua evolución al compás de los tiempos; por eso hay que modificar los cauces y las formas de transmitir la fe, así como las normas; si no, llegaría a hacerse inadecuada e ininteligible. La misión pastoral por su naturaleza es cambiante y evolutiva.

Comparación: un depósito de agua abastece un poblado. Primero hay que mantener el agua incontaminada; segundo se requiere la red de tuberías que la distribuya, y que tendrá que ir modificándose según aumente la población y surjan nuevas necesidades. Mantener el agua incontaminada correspondería a la misión dogmática; modificar la distribución respondería a la misión pastoral.

Es fundamental tener esta doble misión presente, porque de su olvido surgen dos posturas irreductibles, ambas funestas:

- El inmovilismo, que se escandaliza de los cambios razonables en la Iglesia, y que, exagerando (aunque no mucho), pone al mismo nivel el dogma trinitario y las normas del ayuno eucarístico;
- Y el progresismo a ultranza que se burla de los Concilios y declara anticuado el dogma del infierno.

h) Una y múltiple:

Una: por la unidad de la fe, el fin, los medios, los Sacramentos, especialmente la Eucaristía como principio de cohesión; la acción unificadora del Espíritu Santo, la sumisión al Papa.

Múltiple: porque se adapta a las condiciones de cada región, costumbres, lengua, mentalidad... Así se vivió desde el principio. Baste un testimonio del siglo II: “*La Iglesia, diseminada por el mundo entero, guarda diligentemente la predicación y la fe recibida, habitando como en una única casa, y su fe es igual en todas partes como si tuviera una sola alma y un solo corazón (...)* Pues, aunque en el mundo haya muchas lenguas distintas, el contenido de la tradición es uno e idéntico para todos. Las iglesias de Germania creen y transmiten lo mismo que las otras de los iberos o los celtas, de oriente, Egipto o Libia o del centro del mundo. Al igual que el sol es uno y el mismo en todo el mundo, así también la

predicación de la verdad resplandece por doquier...” (San Ireneo, Contra los herejes, libro I, 10)

4. EL ESCÁNDALO

Es verdad, como queda indicado, que en la Iglesia se dan, y se han dado siempre, infinidad de fallos. Es un mal en el que todos somos solidarios y que todos tenemos que remediar; más aún, debemos empeñarnos en realizar los designios de santidad de Dios sobre nosotros, no sólo por nuestro bien, sino por el bien de la Iglesia, y para hacernos reflejo y transparencia de la santidad que para ella Cristo pidió.

Pero esta dolorosa realidad no justifica el escándalo. No consideremos el escándalo farisaico de quienes exageran y calumnian por fines inconfesables. Tampoco consideramos a quienes, desconociendo el trasfondo de los problemas y su complejidad, denuncian la carencia de soluciones. Tampoco a los que sentencian que son defectos y errores lo que no coincide con su opinión, como pueden ser cambios en la Iglesia que ellos reclaman. Muchos de estos casos son prueba de ignorancia, y con frecuencia de soberbia.

Atendemos solamente al escándalo de quienes ven defectos y pecados verdaderos en los cristianos, opuestos a las enseñanzas del Maestro y de la misma Iglesia. A Esto el mismo Jesucristo les diría:

• Mt. 9¹³: “*No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*”.

La Iglesia es como el sacramento primigenio, depositaria de los otros siete. La “forma sacramental” es el Espíritu Santo, fuente de toda santidad, pero la “materia sacramental” somos los hombres, somos tú y yo con nuestras debilidades, egoísmos y cobardías. Asombra el valor de Cristo de escoger para “materia” del sacramento de su Iglesia, algo tan pobre y tan débil como somos los humanos.

Queda claro en todo el Evangelio: ver las parábolas del trigo y la cizaña, y de la red (Mt. 13^{24-30. 47-50}). Jesús nos cura de espanto al permitir que uno de los Apóstoles, íntimos de Cristo, fundamentos de la Iglesia, lo traicione y haga de él objeto de compra-venta; que Pedro, el primer Papa, lo niegue tres veces la noche de su ordenación sacerdotal, y los demás discípulos lo abandonen y huyan.

Jesús “*conocía lo que hay en el hombre*” (Jn. 2²⁵), y que, a pesar de su Redención, pecaríamos; por eso en su primera aparición a los discípulos al tarde de su Resurrección, instituye el sacramento del perdón. Cristo es totalmente consciente de que la Iglesia está constituida por pobres hombres pecadores.

Quien constate estas verdades, no se escandalizará de encontrar entre los creyentes pecados y miserias, sino más bien se admirará de la obra colosal de Cristo y del Espíritu Santo al obtener frutos tan admirables de santidad como en la Iglesia se han dado en todos los tiempos.

5. CRÍTICA A LA IGLESIA

La crítica puede ser lícita y conveniente con tal que se den en ella ciertas condiciones elementales:

- 1) Ha de nacer de profundo amor, de un dolor sincero de que la Esposa de Cristo tenga “mancha y arruga”, como se indicarían los defectos a una madre.
- 2) Se ha de hacer “desde dentro” de la Iglesia como quien se siente solidario y tal vez corresponsable de muchos de esos fallos, no como quien se complace en arrojar los defectos a la cara.
- 3) Es menester criterio recto y seria información; porque frecuentemente se desconocen los asuntos, o se enfocan con criterio equivocado.
- 4) Con inmensa humildad, contraria a la rebeldía. La rebeldía ha llevado al cisma e incluso a la herejía. Los santos reformadores han procedido siempre con humildad, sumisión y obediencia.
- 5) Con discreción y prudencia; no proclamándolo a los cuatro vientos ni usando los medios de comunicación, o la “denuncia profética”, etc., sino acudiendo a las autoridades que pueden remediarlo, o todavía más eficaz, fomentando en grupo, sin críticas, las virtudes opuestas a las deficiencias que lamentamos.
- 6) Considerar la viga en el ojo propio antes que la paja en el ajeno, porque se ha dicho: “Nunca se perdonan nuestros pecados golpeando el pecho de los demás”.

COLOQUIO

- A. ¿Te parece oportuno el presente tema como resumen del estudio de este curso? Razónalo.
- B. ¿Por qué y en qué sentido es libre la pertenencia a la Iglesia? (1)
- C. ¿Cómo se entiende rectamente: “fuera de la Iglesia no hay salvación”? ¿Es doctrina nueva? (2)
- D. ¿Por qué importa la afirmación simultánea de las cualidades antagónicas de la Iglesia? (3)
- E. ¿De los pares de características indicadas en cuáles quieres insistir y por qué? (3)
- F. Expón cómo entiendes la respuesta dada en el tema al problema del escándalo. (4)
- G. Danos tu opinión sobre la crítica a la Iglesia. ¿Estás de acuerdo? ¿Qué añadirías? (5)
- H. Aplicaciones prácticas a nuestra vida del presente tema y de todo el estudio del curso.